

la guerra á los ídolos, y nosotros tememos hacerla á nuestras pasiones. Yo no sé, pues, entre sus sucesos ó nuestras derrotas á qual de las dos cosas se podrá estar mas bien.

No interrumpamos, hermanos míos, la solemnidad de este día con unas reflexiones que rios son tan poco favorables. Los defectos que sirven por la mayor parte para confundirnos, no son siempre á propósito para nuestra instruccion. La que vosotros vais á conseguir en este día ha de ser por los exemplos de un Santo, cuya vida fué la apología de la Religion, la muerte, el escollo del paganismo, su sepulcro, y aun hasta el día de hoy la desesperacion de la impiedad. Sí christianos, *San Victor* es todavía á la hora de esta una sensible prueba de la Religion contra la incredulidad del mismo modo que lo fué en otro tiempo contra la idolatría.

Esta idea tan digna de él como del christianismo, indica naturalmente el asunto y plan de su elogio. ¿Cómo es posible que en él pierda el nombre de *San Victor* nada de su fuerza? Yo bien veo que no siempre la fama es un mérito; pero sí lo es para el ilustre mártir de quien una parte de sus preciosas cenizas descansan al abrigo de sus altares. Ese nombre nos recuerda á un mismo tiempo, tanto las victorias que consiguió durante su vida, quanto las que aun todavía alcanza despues de su muerte. *Exiuit vincens, ut vinceret.*

Victor hizo en otro tiempo triunfar á la Religion de la idolatría. *Exiuit vincens.* Punto primero.

Vic-

Victor hace triunfar aun el día de hoy á la Religion de la incredulidad. *Ut vinceret.* Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Tres caractéres, dice Tertuliano (1), distinguen á la Religion christiana: la santidad, la verdad y el poder. Todos ellos los manifestó *Victor* á vista de la idolatría, consiguiendo que se quedase como sorprendida, confusa y desesperada. Como discípulo fiel, probaba por sus costumbres la santidad de su Religion. Como apologista eloqüente, demostraba su verdad con sus discursos. Como conquistador feliz, hacia ver por sus sucesos el poder que ella tenia. *Exiuit vincens.*

¿Cómo era posible que fuese obra de Dios la Religion christiana, si al mismo tiempo no fuera la expresion fiel de su santidad? Un Dios Santo debe tener discípulos formados á su imágen y semejanza. Si se hallan vicios en los christianos, no es en los principios de su Religion de donde han sacado su semilla.

Que decaigan, pues, podia decir *San Victor*, que decaigan las injustas imputaciones de la idolatría. Ella acusa á los christianos de que se ven autorizados por las leyes del Evangelio para llegar á ser unos vasallos rebeldes, unos ciudadanos inquietos, unos pèrfidos amigos, unos padres crueles, unos hijos desnaturalizados; pero los christianos se deben des-

Tom. II.

R

en

(1) Tertul. Apolog.

entender de unas acusaciones tan odiosas y tan terribles. El Evangelio tiene por delitos los mismos desórdenes que la idolatría los reprehende::: Lo que no probaba *Victor* con sus discursos lo hacia ver ya con sus costumbres. ¿Y en qué tiempo defendia así á la Religion de las infames acusaciones con que intentaba ultrajarla la idolatría?

Para hacer ver el tiempo mas fatal que tuvo la Iglesia , no se necesita mas que nombrar el tercer siglo. Fué tan sangrienta en este la persecucion que , como un rayo despedido por la tempestad , asoló y destruyó el campo del Señor , y llenó de espanto á los corazones ménos tímidos. La pintura que hace San Juan (1) de este impetuoso dragon que llevaba consigo el hierro , el fuego , la muerte y todas las desgracias juntas ; que distribuía á gusto de su furor las cadenas , los oprobios , las llagas y todas las demas desgracias , no alcanza con ser tan horrible á la pintura ó idea que se debe formar de la tempestad terrible que resonaba en aquellos dias de consternacion sobre la mal asegurada cabeza de los discipulos de Jesu-Christo. Dias por cierto de proscripcion y de venganza , en los que el nombre de christiano era una afrenta , y la profesion del christianismo una rebelion ; en los que se sabia apurar el pérfido y barbaro arte de hacer sufrir á los elegidos de Dios la muerte mas lenta y mas cruel::: ¿Cómo es posible nombrar los diversos géneros de tor-

(1) Apoc. 13. v. 1. y siguientes.

mentos que se empleaban en oprobio de la humanidad para vengar á los ídolos del incienso que les negaba la piedad y la inocencia? Me seria preciso acabar con todos los nombres de horror , de infamia y de abominacion , y aun todavia creo que me quedaria corto , para extender los colores de semejante pintura. Los tiranos mas inhumanos y relaxados no podian discurrir proyectos mas monstruosos , y era preciso que para ejecutarlos se consultase á su envenenada alma.

El Santo mártir , cuyos trabajos y sufrimientos me he propuesto describiros , será una triste , aunque admirable prueba de esta verdad. *Victor* nació en el siglo tercero , y murió tambien en él. Nació en aquella célebre ciudad , cuyo origen se pierde entre la memoria de los tiempos mas remotos , cuya hermosura iguala á la riqueza , cuya situacion favorece al comercio que tiene con todas las quatro partes del Mundo : Marsella , en fin , tan conocida por la concurrencia de todas las naciones , por el ingenio de sus habitantes y por el terror de sus armas ; Marsella digo , que en otro tiempo era la silla dominante de la potencia Romana en las provincias occidentales , y aun en el dia de hoy una de las plazas marítimas mas fuertes de la Francia.

Los historiadores nos representan á Marsella en el siglo de *Victor* como una ciudad á quien dominaba una altivez impía , y que por una religion bárbara obligaba que los christianos diesen al Universo , ó la humilde y denigrativa escena de su apostasia , ó el hor-

roroso espectáculo de su muerte.

Pero ¿os parece que aunque era testigo *San Victor* del incendio que se levantó contra la Religion, aumentándose en su patria la llama con rapidez, tiró á libertarse de ella? No por cierto: la idolatría siempre encontrará en él un christiano piadoso, caritativo, desinteresado é intrépido.

Si le contemplamos como christiano piadoso, hallaremos, que las actas de su martirio nos manifiestan la nobleza de su origen, aunque no nos citan sus abuelos. *Vir nobilis* (1). Sus talentos se emplearon desde luego en los ejercicios de la marina, *Nauta*, en donde mereció ser recompensado. *Gubernator* (2). La brillantez de su reputacion determinó muy en breve á los generales de las armadas Romanas para que le dedicasen y estableciesen en la profesion de las armas. *Victor Miles*. Ya se sabe que en esta carrera, como que es la mas peligrosa para la virtud, se entregan otros al torrente de las pasiones; pero *Victor* no seguia mas que la ley del deber. Unicamente conocia los abusos para evitarlos, y las pasiones para vencerlas. Obedecia á su príncipe como fiel vasallo; pero como fiel tambien á su Dios, le adoraba. Entre el estrépito de las armas, habia tomado *Victor* á Jesu-Christo por modelo, al Evangelio por regla y á su conciencia por juez. La santidad de su conducta le habia grangeado la reputacion de christiano en aque-

(1) *Vit. S. Vict. apud Bosq.*

(2) *Ibid.*

aquellos críticos dias en que á un mismo tiempo se veía deshonrado y en peligro el que lo parecia.

Si le consideramos como christiano piadoso y caritativo, ¿quál será la ocupacion en que veremos á nuestro Santo ejercitarse en Marsella, quando desde el trono de los césares se expidió aquel edicto fatal por el que se mandaba que en toda la extension del imperio Romano fuesen destruidos los templos de los christianos? ¡Ah! ¿Cómo es posible que uno no se persuada al ver aquel guerrero, que está percibiendo en él un pastor y un pontífice? *Miles pontificis munere fungitur* (1). ¿Un pontífice? Sí christianos: *Victor* imita la vigilancia, y exerce las funciones de un ministerio semejante. Siempre útil al christianismo, penetraba en medio del silencio de la noche, *singulis noctibus* (2), hasta los mas escondidos rincones de las casas, y les transformaba en otros tantos templos. Sí pobrecitos, á vosotros es á quienes os proporcionaba socorros, á vosotros, afligidos, á quienes os llevaba el consuelo, á vosotros, cautivos, á quienes os dulcificaba las cadenas. *Victor* era en Marsella el alma de la Religion vacilante, y el defensor de la Religion perseguida.

¡Ah! Aun quando nos admirémos al verle empleado en estos peligrosos ejercicios, ¿nos deberémos de contentar con ellos para dexar de referir lo demas que sepamos de él? Desde

R 3

aquel

(1) *Santol. Victor. Hymn.*

(2) *Ex vit. S. Victor. apud Bosq.*

aquel tiempo justamente es desde el que se abrió la sangrienta carrera en que el zelo de nuestro Héroe debía recoger todas sus fuerzas, entregarse á todo su espíritu, y menospreciar santamente al infierno entero, que estaba conjurado para su perdicion.

En la Provenza habia dos ministros de justicia que eran depositarios de la autoridad imperial. Rivales, embidiosos é inquietos, se observaban recíprocamente y con malicia sus acciones, temiéndose y aborreciéndose al mismo tiempo. Esta es la flaqueza de los hombres. El que divide con otro su poder, no tiene por lo regular mucho derecho sobre su amistad. Astero, y Eutiquio tenian que cumplir unas obligaciones que les eran comunes á entrambos, y que manejar al propio tiempo muy opuestos intereses. Esclavos ambos de la fortuna, procuraban descubrir en los deseos del César el secreto feliz de merecer sus recompensas, y aunque por diferentes caminos se dirigian ambos al propio fin. El uno imitaba al emperador en sus crueldades, y el otro en sus plácemes. El primero le sacrificaba víctimas, y el segundo procuraba conciliarle amigos. A aquel nada se le ponía por delante para hacer morir á los vasallos del príncipe, y á este le parecía que estaba obligado á conservárseles por todos los medios posibles. Marsella tenia en Astero un juez tirano, y en Eutiquio un juez cortesano.

Al tribunal de estos hombres, llenos de venganzas públicas, es al que citó á *Victor* aquel supersticioso pueblo. *Ad forum perducitur*

tur (1). ¡O, y cuán peligroso es un tribunal en el que, baxo el sagrado nombre de Religion, preside la sabiduría humana, y son las pasiones los intérpretes de la ley! Así lo experimentó nuestro Santo. Lo mismo fué presentarse en él y ser preguntado, que declararse christiano. *Christianus sum* (2). ¡Qué sentimientos tan opuestos dividian á sus jueces al oír esta generosa confesion! El fogoso Astero solo escuchaba su furor. Los cadahalsos contruidos ya con sumo ingenio, las hogueras encendidas, y, en una palabra, hasta la misma muerte eran los terribles espectáculos que presentaba á su fé. Se engañaba aquel tirano en pensar que le habia de intimidar. Quantos mas peligros me muestres, le decia *Victor*, mas bien me aseguras la gloria. El que no sabe ser mártir, no es digno de ser christiano.

Así, pues, ¿cómo era posible que no espantando á un christiano las amenazas le vencieran las promesas? Eutiquio se prometia conseguir por su prudencia una victoria que acababa de perder la impetuosidad de Astero. Decia muy astutamente, que nuestro Santo no debía, como amigo de la razon, ser enemigo de los Dioses, y que una palabra, un fingimiento le proporcionaria la gracia del príncipe, no encontrando en sus jueces sino unos verdaderos amigos y protectores desde el mismo punto en que dexase de ser obstinado.

¡Ah, replicaba *Victor*, y que protectores tan

R 4

(1) *Act. S. Victor.*(2) *Ibid.*

tan inútiles, que amigos tan falsos! Yo os cedo desde luego los honores y la fortuna. Dexadme con mi virtud y mi Religión. Soy christiano. *Christianus sum*. ¿Qué viene á ser para este todo lo que hay en el Mundo? ¿Qué importan sus favores? ¿Qué suponen sus coronas? Por mi conducta debéis haber conocido ya mis sentimientos. Entónces, ya habia manifestado nuestro Héroe por medio de una señal única en su clase el desinterés de que era capaz por su fé y su zelo. Negóse á recibir la paga de sus servicios. *Victor militiae premia respuens* (1). El no haber querido admitir su salario, no era motivo para tacharle de rebelde. Es un delicado modo de pensar que prueba bien claramente lo capaz que es un christiano de sacrificar sus intereses por su Religión. Pero nuestro Santo la hará todavía sacrificios mayores.

El primero es el de su libertad. ¿Os recordaré yo aquella tenebrosa mansion en donde confundido entre los delinquentes esperaba una rigurosa y decisiva sentencia? Pues en verdad que su nacimiento y su estado pedian otras consideraciones muy diversas. Al príncipe es á quien corresponde el derecho de pronunciar en el asunto. Y si esto es así política humana, ¿cómo retardas el suplicio de *Victor*? ¡Ah! Tú, tú eres la que dispones á él y á su Religión nuevos triunfos. Nuestro Santo ha probado como discípulo fiel la santidad de la Religión por medio de sus costumbres; y como

(1) *Santol. Vict. Hymn.*

mo apologista eloqüente, va tambien á probar lo verdadera que es, valiéndose de sus discursos. *Exivit vincens*.

¿Un militar apologista de la Religión? Si hermanos míos, aquel que desata y hace eloqüente la lengua de los niños, puede igualmente inspirar una sublime y patética eloqüencia á todos aquellos á quienes encargue el honoroso cuidado de defender su gloria contra sus enemigos. *Victor* no imitará en sus pruebas los reglados pasos de Justino, de Tertuliano, ni de Clemente de Alexandrino. Estos primeros defensores de la Religión, que llevaron hasta el trono de los césares la causa del Evangelio, habian dispuesto sus obras con una reflexiva eleccion. Un guerrero no necesita quando habla sujetarse al pausado método de un filósofo que escribe. Un discurso pronunciado con todo el ardor que comunica el zelo, no es susceptible de esta armonía en los pensamientos, ni de aquellos brillantes razonamientos que deben formar el conjunto de un discurso que dirige con lentitud una sabia pluma, llevándole hasta el último punto de perfeccion por una encadenacion de penas meditaciones. Aunque naturalmente era viva la eloqüencia de *Victor*, no se acomodaba á servirse de los fútiles adornos del arte. Sus palabras tenían toda la fuerza del zelo y todas las amenazas de la prudencia. *Victor prudens, et eruditus* (1). Instruirá á los emperadores y reyes del Mundo sin dexar de respetarles. En

(1) *Act. S. Vict. c. 8.*

En fin, llegó el dia en que debia presentarse nuestro Santo delante de Maximino. ¡O Maximino! Aun hoy se estremece la Iglesia de Jesu-Christo al oír este nombre. Nombre de un príncipe el mas depravado en sus costumbres, y el ménos delicado en sus placeres; elevado á la suprema dignidad por el favor, y no por el mérito. Enteramente deudor á la fortuna, pero de ningun modo al nacimiento, habia llevado consigo al trono de los césares los vicios infames de los mas desacreditados tiranos. Cruel por temperamento y por gusto, furioso en sus arrebatos, injusto en sus venganzas, económico hasta llegar á ser avaro, envidioso, malicioso, ingrato, incapaz de probidad y buena fé, y, en una palabra, un hombre que en la ferocidad de su semblante descubria la imágen fiel de su bárbara alma. En él vió con horror todo el Universo un monstruo que manchaba el brillo de la púrpura. Su aparente zelo por los ídolos, pudo únicamente hacer soportable al Mundo, sumergido en la idolatría, un emperador violento é inhumano, entregado á todos los excesos, é indigno de obtener la suprema dignidad.

Maximino y *Victor*; ¡ó qué contraste! ¡Un emperador y un soldado; el señor y el vasallo; el poder y la flaqueza; y, en fin, todos los vicios de una parte, y todas las virtudes de otra! No, no haré cuenta de las diversas acusaciones que el ódio descargaba maliciosamente contra el Santo mártir en el tribunal del emperador. Es muy fácil suponer un atentado á aquellos que se quieren perder. Para

ar-

arruinar á nuestro Santo, es muy suficiente el pretexto de la Religion. Es christiano, y basta para que sea el blanco de todos, y les parezca el hombre mas delinquente (1). El es aquel á quien queria sacrificar Maximino á los dioses. *Victor sacrifica*. Lo mandaba el emperador y bastaba, como que su ley consistia en su voluntad. Quien se le resiste le ofende. Sí príncipe injusto, si en esto consiste el agravarte, tú serás ofendido de *Victor*, porque se resistirá á tus intentos. Yo, decia Daniel al rey de Babilonia, no adoro á los ídolos que son obra de los hombres. *Non colo idola manu facta* (2). No quiero dar incienso, exclamaba nuestro Santo, á unos dioses que son demonios. *Non sacrifico demoniis*. Por mas poderosos que sean los dueños del Mundo, de ningun modo alcanzan sus derechos sobre mi Religion:::

Al oír estas palabras salió del trono una orden mucho mas severa para que nuevamente se le cargase de prisiones y se le llenase de oprobios en las plazas públicas de Marsella. Irritado y furioso el príncipe, queria ser por sí mismo espectador de este pretendido triunfo. Los paganos le hacian mucho mayor con sus aplausos: honrábanle los christianos con sus lágrimas, y *Victor* adquiria por él toda la gloria posible. Mas, ¿hasta donde voy yo con mis expresiones? Habia hecho ver que nuestro Santo era el apologista de la Religion,

(1) *Act. S. Vict. c. 3.*

(2) Daniel 14. 4.

gion, y ahora hago relacion de sus sufrimientos quando debería analizar sus discursos. El mismo es el que hablará por mí, pero ¿con cuánta autoridad? Como profeta y apóstol, atemorizará al error y á la mentira, al modo que otro Eliseo; y, como si fuera un San Pablo, sostendrá las grandezas y la divinidad de Jesu-Christo. *Multa pro Christo, et in dæmones dixit* (1).

¡Qué campo tan dilatado presentan á su eloqüencia las especiosas objeciones de sus adversarios! La política pretexto los intereses del império. La impostura pone por delante el poder de los ídolos. El orgullo y la altivez alegan las humillaciones de Jesu-Christo. ¡Qué reparos tan frívolos! Sin mucho trabajo los refutó y destruyó *Victor*. Escuchad vosotros, ciegos adoradores de los ídolos, escuchad y confundios. Oid una voz que aunque débil, á fuerza de los muchos trabajos que ha padecido, la transforma el espíritu de Dios en una voz fuerte y magnífica. *Vox Domini in virtute; vox Domini in magnificentia* (2). Sí christianos, empezó á hablar nuestro Santo, y sus magestuosas palabras las dirigia lleno de confianza á aquellos jueces que tan injustamente se hallaban preocupados. Sino se tratase, decia, mas que de los intereses del César y de la república en la intentada acusacion contra mí, consistiria únicamente mi defensa en hacer ver que jamas habia faltado á la sumision que se de-

(1) *Ex vit. S. Vict. apud Borg.*

(2) Psalm. 28. v. 4.

debe á los emperadores. Mi profesion y mis servicios me justificarian mas bien que mis expresiones. Soy christiano, aun á pesar de aquellos que con su triste exemplo manifiestan su rebeldia. Todos dexariamos de ser fieles á nuestras leyes, si no lo fuéramos á nuestro príncipe. La Religion nos haria tan responsables y dignos de castigo por esta accion como el estado.

Mas ¡qué divino fuego y que rápido entusiasmo fué el que se apoderó de su espíritu! Dioses de la gentilidad, exclamaba él, débiles simulacros, sombras del poder, ¿cómo pretendéis que os adore? Me avergonzaria de imitaros. Por mas que se alabe la magestad de vuestro culto, y se cuenten las maravillas de vuestra proteccion, conozco que son unas grandes imposturas y unas ilusiones las mas brillantes. ¿Hasta quando se han de dexar engañar los mas crédulos de los mortales? ¡Ah! perezcan, perezcan unos Dioses, cuyas órdenes y exemplos encaminan á la perdicion. *Pereant* (1). ¿Qué otra cosa oigo yo decir de ellos en todos los parages públicos, que sus malos hechos? Aquí veo que tiene el incesto sus adoradores. Allí, que baxo el nombre de divinidad se da incienso á un ladron. Tan pronto honra la supersticiosa piedad con sus homenajes al furor como á la prostitucion. ¿Cómo era posible que mi lengua tributase alabanzas á esas fantasmas, de quienes no se puede celebrar sino la cruel malignidad que las asiste, y de las que siem.

(1) *Act. S. Vict. c. 2.*

siempre es nocivo al género humano su poder? ¡O Roma! ¡ó Marsella! Vuestros Dioses son, al mismo paso que vuestros enemigos, obra de vuestras manos. Si : díganlo si no esas maderas, esas piedras y ese metal que les da la existencia sin comunicarles la vida. Esto es atendiendo á que son obra de vuestras manos; pero si les consideramos como á vuestros enemigos, ¿quáles serán mayores para vosotros que aquellos que favorecen y patrocinan todas vuestras pasiones? En donde éstas reynan se introducen necesariamente todas las desgracias. ¡O jueces míos! ¡ó mis conciudadanos! ¿Qué corona pueden esperar vuestras virtudes, si es que las teneis? Vuestros Dioses no deben recompensar la virtud de que no han dado exemplo.

Aun era poco para nuestro Héroe cubrir de vergüenza al paganismo y sus partidarios. Le faltaba defender, tanto la fé que profesaba, quanto al Dios que adoraba. Un Dios pobre, decian los paganos ¡qué escándalo! Sí, decia *Victor*, un Dios pobre es el que enriqueció con sus bienes al Universo. ¡Qué grande es aquel que desde el madero de la cruz sujeta todas las religiones del Mundo á la suya! Yo bien veo que se insulta su debilidad y flaqueza; pero desde su mismo seno hizo tambien Jesu-Christo que saliese su poder. A su voz obedecieron los vientos y la mar. A su vista huyeron las enfermedades y la muerte. Los hombres deben tener por su Dios á quien toda la naturaleza reconoce por su autor.

¡Que no lográra yo la dicha de que se hallá-

lláran en mis palabras los vivos pensamientos de *Victor*! En este caso, haria que hablasen por mí, y en favor de la Religion christiana, los profetas que la anuncian, los apóstoles que la predicán, los mártires que la defienden, los milagros que la confirman, y la gloria de un Dios, que, como vencedor de la muerte, da á sus discípulos por regla sus acciones, su gracia por apoyo, su sangre por rescate y su reyno por recompensa.

Vencidos sus preocupados jueces con la fuerza de sus razones, le acusaron de que quería sorprehender su credulidad por medio de las sutilezas de una vana filosofia. *Philosopharis* (1). No, venerables jueces, respondió él, no es con sofisticos argumentos, sino con la fuerza de la verdad con la que yo intento sujetar vuestras luces. ¡Quiera el cielo que mi ministerio se corone con vuestra conversion! No han llegado á ser pocas veces sus discípulos los enemigos de la Religion, y yo mismo podria citaros acerca de esto importantes conquistas. ¡O *Victor*! ¿Qué es lo que has dicho? ¡Cuán sensible les es el que agregues á tu Religion esos discípulos y conquistas! ¡Qué silencio tan profundo ha causado en aquellos malvados tu confesion! ¡Y qué proyectos tan sanguinarios se van á realizar en su seguida! Ya se muda la escena. Cambiémos tambien nosotros, hermanos míos, el objeto que tiene empleada nuestra consideracion. Hagamos que al eloqüente apologista de la Religion, que

prue-

(1) *Act. S. Vict. c. 6.*

prueba la verdad de ella, se siga el dichoso conquistador, que manifiesta su poder. *Exiuit vincens.*

Ya hacia el espacio de dos siglos que los progresos del Evangelio vaticinaban á Roma la ruina de la idolatría. En vano presentaba la adulacion á los césares la perspectiva de una dominacion permanente: temian que habia de llegar el caso de experimentar una fatal revolucion; y este recelo estaba otro tanto mas bien fundado, en quanto observaban los repetidos golpes que experimentaba el imperio Romano. Los señores del Mundo son hombres, y estos, al fin, ingeniosos para inquietarse. Al considerarlos como corresponde, no puede dexarse de inferir, que conocen las desgracias que les esperan.

Imbuido Maxímimo con estas ideas, se dexó ver en Marsella, donde la Religion christiana habia multiplicado sus discípulos. Entre todos ellos ocupaba nuestro Héroe el primer lugar. Era el alma de aquella nueva sociedad. Y como esta se contaba por una de aquellas que levantándose á vista del gobierno introduce en él una nueva religion; anunciaba á unos príncipes ciegos é infatuados una tempestad, cuyo curso tenian mucho interés en cortar. Sobre *Victor* fué únicamente sobre quien recayeron todas las sospechas que formaba contra los christianos el ódio de un príncipe zeloso de su autoridad. Pero ¿quántas dudas se apoderarán nuevamente de la agitada alma de Maxímimo, quando oiga resonar hasta en su palacio el ruido de las maravillas que obra

obra el cautivo de Jesu-Christo en el lugar de su mansion?

Por el mismo decreto que se habia privado á nuestro Santo de la libertad, se le habia confiado al cuidado de los ministros para que, como encargados de él, le presentasen en el tribunal de sus jueces. Alexandro, Feliciano y Longino se habian criado en la carrera de las armas, y como fieles al César y zelosos defensores de los ídolos, exercian desde luego con un bárbaro rigor la autoridad que el ministerio público les habia dado sobre *Victor*. ¡O gran Dios! ¡Y quán incomprendibles son tus altos juicios! Permites que los enemigos de este Héroe armen contra él toda su crueldad, porque tu gracia la debia mudar en dulzura; y al mismo tiempo, porque convenia que no pudiese el Universo atribuir mas que á tu gloria el milagro de su conversion.

Miéntas que *Victor* por su paciencia enseñaba á sus guardas ó centinelas, que eran insensibles á las reglas de la moderacion y de la caridad, cubrió la noche con su negro manto la claridad de aquella aurora. Rompen los Angeles las cadenas de su cautividad, y admirados los ministros, vieron abrirse su prision. Hallándose nuestro Santo libre y desembarazado, escapó con duplicado esfuerzo, y se fué inmediatamente á consolar á los christianos, á quienes despues de compadecerse de la opresion de sus cadenas, las rompió con sus propias manos, y ofreció á sus guardas un nuevo motivo de admiracion. Confundidos y sobresaltados éstos, parecía que menosprecia-

ban el testimonio que les daba su misma vista. Preguntábanse unos á otros, y, aunque habian visto aquellos prodigios, dudaban sin embargo de ellos. Pero yo me engaño; porque justamente se renovaron en aquel mismo instante. No hallando ya efugios que oponerle la incredulidad, se convirtieron aquellos paganos. La prision de *Victor* llegó á ser, digámoslo así, la cuna de una nueva Iglesia. Habiéndose sus guardas declarado por sus discípulos, á los primeros impulsos de su arrepentimiento, le protestaron que jamas se acordarian ya de ser, como hasta allí, sus perseguidores por razon de su empleo. Siguiendo sus pasos, se dirigieron hácia la orilla del mar. Un ministro del Dios vivo, les regó con aquella agua saludable que da la muerte al pecado, y la vida á la gracia (1). Como que se habian hecho christianos por medio de un milagro, era forzoso que no tardasen tampoco en serlo por conviccion. Nuestro Santo era su consejo y su guia, su maestro y su padre. ¡O qué padre tan excelente, pues da á sus hijos un nuevo espíritu, un nuevo corazón, una nueva vida (2)!

Desde la obscuridad de una profunda cueba se dexó ver la claridad de esta preciosa y rica mansion de christianos. *Surgit christianorum reges* (3). En el mismo dia en que se sembró el grano, empezó á brotar, á florecer y

(1) *Sacris illustrat aquis. Santol. Vict. Hymn.*

(2) *Nova pectora vero Numini consecrat.*

(3) *Idem.*

se maduró el fruto. Fortificados Alexandro, Feliciano y Longino por la gracia del Sacramento, que quita el pecado original y los hacia christianos, é instruidos por *Victor* en los principios de nuestra Religion, *non ignari divinæ legis* (1), se tenían por dichosos en su suerte como prisioneros voluntarios. ¡Ah! ¿pensais vosotros que fueron traidores á sí mismos, y que penetrado ya desde su obscura prision el prodigio de la conversion que acababan de hacer solicitaban contra ellos y contra nuestro Héroe la indignacion del pueblo y el furor del príncipe? No por cierto.

Hasta en medio de la corte se percibió el ruido que habia causado semejante maravilla, y se supo, que admirados de sus engaños los guardas de *Victor* se habian declarado por sus discípulos. Al oirlo Maximino se estremeció. *Fremuit* (2). Arrebatado de su cólera, le condenó á padecer otros mil tormentos distintos. Que sean, decia aquel tirano, las conquistas de su zelo los compañeros de su suplicio. Ya se cumplirán tus deseos, príncipe bárbaro y cruel.

A mí me parece que estoy viendo á *Victor* animar al combate en aquel triste momento á los que habia atraído á la fé. *Reficiebat eos sermonibus suis* (3). Se me figura que les diria estas enérgicas palabras: ¡O discípulos de Jesu Christo! ¡O hijos y hermanos míos! Animaos:

S 2 Des-

(1) *Act. S. Vict.*

(2) *Idem.*

(3) *Act. S. Vict. c. 9.*